

Wagner). El nuevo estilo de los románticos —no tanto el de F. Pérez, que, en sus novelas, era más bien un sentimental que un romántico, apegado a las normas clásicas, sino el de Echeverría...—, este nuevo estilo, decimos (como el de Walt Whitman en Estados Unidos), se le hace a Henríquez fruto del descuido; han abandonado “desgraciadamente —dice—, el apego a los usos normales del idioma” y agrega: “La anarquía era tan frecuente en la literatura como en la vida pública [...] Muchos de nuestros innumerables poetas procedían como si pensasen, lo mismo que Rimbaud en años posteriores, que su desorganización mental era sagrada (*J'ai fini par trouver sacré le désordre de mon esprit*)”.

Creemos que la “teoría literaria”, puesta en ejecución por la autora de este texto para dilucidar el sentido y los alcances de la llamada novela histórica, en particular las de Felipe Pérez, recarga el libro sin dar a la postre nada a cambio del esfuerzo por leerlo. Aunque nos parece que vale por el prólogo, libre de la *teoría literaria*, aunque ya se muestra la autora ecléctica y contemporizadora.

RODRIGO PÉREZ GIL

Un desierto emocional

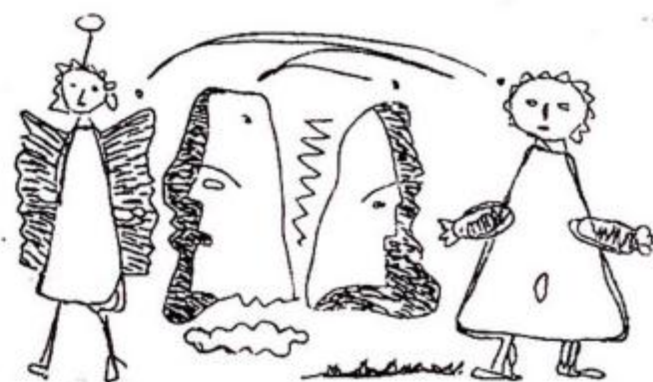
El embarcadero de los incurables

Fernando Cruz Kronfly

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1998, 242 págs.

Realmente ni yo misma entiendo qué me pasa con los libros de Fernando Cruz Kronfly. Reconozco en este académico caleño a un escritor de buen oficio, con una prosa limpia, que incluso a veces alcanza destellos poéticos, con una obra consistente y, sin embargo, por más que trato, no logro conectarme con sus escritos. Siempre me siento como haciendo una tarea de esas obli-

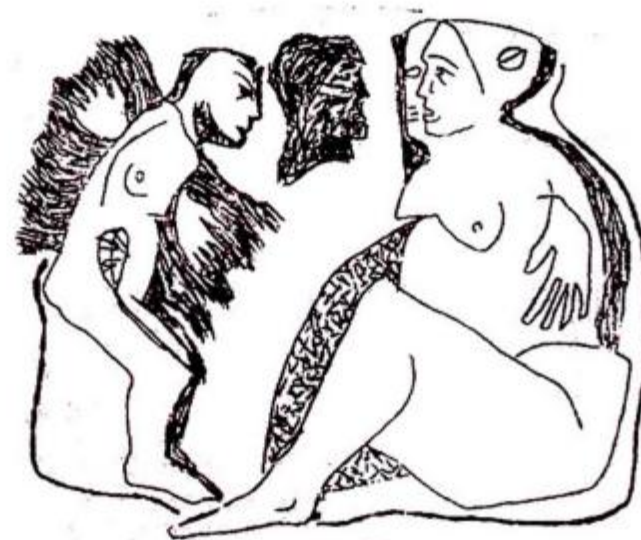
gantes que me tocaban cuando estaba estudiando mi maestría en literatura. Tomo el libro, resaltadores, hojas en blanco y me lanzo a sus páginas pero, a medida que éstas transcurren, mis emociones siguen imperturbables. Ni una sola de sus frases logra darme escalofríos, ni uno solo de sus capítulos me produce ensueños, ni una sola de sus imágenes me conturba (por alegría o por tristeza). No es que abomine de los temas que aborda, no es que su literatura me parezca oscura (al contrario, el escritor es claro por naturaleza) pero, cuando leo a Cruz Kronfly, me siento en un desierto emocional.



Obviamente, alguien podría argumentar que ¡la literatura no está hecha para eso! y yo, en principio, estaría de acuerdo. La literatura no necesariamente es para tocar las emociones. Empero, y tal vez por deformación de mi formación profesional y humana, sí creo que debería haber algún puente comunicativo entre el/la escritor/a y el/la lector/a. Y me parece que si el río que ayuda a cruzar este puente son las emociones, tanto mejor. Pero, lo repito, a mí, con Cruz Kronfly, ¡las emociones ni se me aparecen! A pesar de su arte, lo siento frío y distante. Tal vez se trate de que es un académico y, como tal, haga, más que literatura visceral, ejercicios de lingüística o de composición. ¡No lo sé! Bueno, pero como entre gustos (a veces) no hay disgustos, no centraré más mi reseña en el poco disfrute que me produce este escritor del Valle.

El embarcadero de los incurables, tal y como la percibí, es un himno al existencialismo. Un hombre anciano, después de ser abandonado por su mujer, también anciana, a raíz de

un estúpido incidente con unas lechugas, sale a buscarla a las calles de una ciudad, cuyo nombre no se menciona, pero que es cualquier gran metrópoli de cualquier país contemporáneo, donde la existencia humana ha perdido todo sentido y, especialmente, si se es viejo. Uldarico vaga en la noche y en el amanecer buscando a Marilyn, que bien podría ser cualquier mujer. El tema es la búsqueda y no lo que se busca o a quién se busca (como dice la poeta Pizarnik, “la soledad es no poder asirla, por no poder darle un nombre”). Sus desorbitados ojos, que ya no ven bien o tal vez ven demasiado, recorren la gran avenida de la gran ciudad recreando la miseria humana, la soledad, la prostitución, los desencuentros, el robo... y vuelta a la soledad. Lo que separó a Uldarico y a Marilyn fueron unas lechugas, pero el tema, en realidad es el absurdo, ese mismo que lleva a Uldarico a perseguir un sueño (su mujer), al que, cuando finalmente encuentra, deja pasar de largo. ¡Tal es el planteamiento existencial de esta novela! Para cerrar con broche de oro, Uldarico muere entre la basura, esa misma que encuentra siempre en la calle en la que ninguna mano amiga se estira para ayudarlo, en la que su cuerpo inerte es pisoteado real o figurativamente.



En esta existencial novela, Cruz Kronfly aprovecha la omnipresencia de su tercera persona para comentarnos sus más íntimos pensamientos por interpuesta persona (como le dice Fernando Vallejo a nuestro premio Nobel en su “Cursillo de orientación ideológica a García Márquez”, publicado en *El Malpensante* de diciem-

bre del 98, los narradores de tercera persona pueden leer los pensamientos... y a mí me parece que Cruz Kronfly se los lee más que todo a sí mismo). Dice así:

“Miedo a reconocer que estamos hundidos en los dominios de la casualidad” (pág. 21). Su planteamiento sobre la ley de causa y efecto.

“Toda desilusión resulta proporcional a las ilusiones” (pág. 29). ¿Un aforismo nietzscheano?

“...Estas mujeres terminaron siendo sólo hombres por imitación [...] en eso consistió todo su programa de emancipación” (pág. 227). Su planteamiento sobre el tema de la equidad de género.



Y podría continuar citando, pero bueno, mejor que los admiradores de Cruz Kronfly, quienes lo halagan día a día en los periódicos, emprendan esta tarea, que a mí me resulta pesada, tal vez un poco menos que leer su obra, pero pesada a fin de cuentas.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

No escribirás libros en vano

Quinto mandamiento

Fernando Soto Aparicio

Plaza y Janés, Bogotá, 2000, 283 págs.

Una de las más recurrentes discusiones que críticos y autores han mantenido alrededor del por qué y para qué de la literatura, es aquella que justificaría tal labor como un compromiso social y político con la realidad, si en efecto fuese necesario

prejuiciar la creación bajo los parámetros de funcionalidad. Anota Jean-Paul Sartre en *Qu'est-ce que c'est la littérature?* que —según el brillante concepto de Brice-Parain “las palabras son pistolas cargadas”—, “la función del escritor consiste en obrar de modo que nadie pueda ignorar el mundo y que nadie pueda ante el mundo decirse inocente”. Pero, ¿qué es denunciar el mundo sin ver comprometidas las palabras en un juego a todas luces mezquino? Lo primero es ir al lenguaje. Ya en el discurso semántico que diferencia a la ficción de la realidad misma, representada en este caso por la rigurosidad de una crónica o de un documento historiográfico, la estructura profunda que hace posible la disquisición narrativa, en una novela por ejemplo, tiene sus raíces en un asunto, más que epistémico, semiótico. “No se es escritor por haber decidido decir ciertas cosas, si no por haber decidido decirlas de cierta manera”. Podríamos, en efecto, entrever por qué es tan importante llegar a las zonas de la realidad cuya mayor virtud es poder engendrar en ellas la ficción. Visto de esta forma, y respondiendo a la paradoja atrás formulada, vuelvo a Sartre: “La mejor forma de manifestar la subjetividad de una persona es traducir con la profundidad mayor las exigencias colectivas” o, según afirma Andréi Tarkovsky en su libro *Esculpir en el tiempo*, que “en el arte, el hombre se apropia de la realidad por su vivencia subjetiva”.

Intento con esta introducción, más que poner en evidencia una problemática que para el día de hoy está lo suficientemente clara, llegar al defecto que más salta a la vista en el libro que reseño en la presente nota. *Quinto mandamiento* del autor colombiano Fernando Soto Aparicio (Tunja, 1935). ¿Qué salta a la vista? Por quinto mandamiento entendemos, según nos ha explicado la moral judeo-cristiana, “No matarás”, precepto que la portada del libro nos termina de sugerir, como si el *Leitmotiv* del libro no fuese claro para el lector colombiano, tan aguzado en estos temas por razones que no hace falta mencionar.

Conocido en gran medida por obras como *La rebelión de las ratas* o *Mientras llueve*, tal vez su más lograda novela, Soto Aparicio ha escrito más de cincuenta libros en casi medio siglo de producción literaria.



Quinto mandamiento acude a esa suerte de realismo crónico —amén de la violencia que vive nuestro país desde hace tanto tiempo—, tan presente en buena parte de la literatura colombiana. Y es que, la verdad sea dicha, aun después de producir obras como *María* o *Cuatro años a bordo de mí mismo* —donde una síntesis dialéctica de lo real y lo irreal auguraban un equilibrio temático en la novelística posterior—, la novela de mediados del siglo XX se vio, y aun se ve, sumergida en un asfixiante panfleto sociológico; es decir, prisionera de un contexto ortodoxamente social en el que pretendía hallar en su lirismo una desmedida beligerancia para el país. Noble propósito, pero ¿en nombre de qué? Acaso valga mencionar algunos de esos casos en los que vemos no una novela sino un libro de texto escolar con ligeros atisbos de suficiencia verbal: *Siervo sin tierra*, *Viento seco* o *Pogrom*; literatura mal prodigada en la escuela elemental, en la que por desgracia se ampara gran parte del bagaje literario de nuestros bachilleres. Aun así y para no incurrir en una postura desobligante, se reconoce ese afán por intervenir de alguna forma, tal vez de manera mesiánica o por simple sentido común, en el conflicto colombiano, de la mano de uno de los oficios que más linda con la realidad del hombre: la literatura. Ciertamente es que el país ha dejado increíbles memorias de la violencia que padece, ahora sí no tan rayanas